

Carlos García Gual

Introducción a la mitología griega



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1992
Tercera edición: 2013
Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Fondo de kílix ático: Minotauro corriendo
© Album / Universal Images Group / Werner Forman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Carlos García Gual
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7544-2
Depósito legal: M. 7.892-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 A modo de prólogo

Primera parte: Definiciones

- 15 1. Propuesta de definición del término *mito*
- 36 2. La tradición mitológica. Cómo fue en Grecia

Segunda parte: Figuras y motivos

- 55 1. Mitología y tradición poética
- 69 2. Mitología como sistema y conglomerado
- 79 3. La familia olímpica
- 86 4. La *Teogonía*: esquema general y temas principales
- 99 5. El mito de Prometeo
- 111 6. El mito de las edades
- 115 7. Los doce dioses
- 164 8. Divinidades menores
- 170 9. Los héroes griegos
- 178 10. Héroes más famosos

Tercera parte: Interpretaciones

- 195 1. Interpretaciones de los mitos: el alegorismo y el evemerismo
- 216 2. La mitología clásica en el Renacimiento
- 239 3. La perspectiva romántica sobre el mito
- 257 4. La mitología comparada en sus comienzos

278	5. La interpretación de los mitos en el siglo xx
307	6. Estudios recientes sobre mitología clásica (1984-2004)
337	Apéndice. Algunos textos para una reflexión
361	Notas
389	Bibliografía sobre mitología (1984-2004)

A modo de prólogo

Tan sólo unas cuantas líneas para indicar lo que este libro quiere ser y lo que no. Por lo pronto, indicaré de antemano que no es ni pretende ser un repertorio mítico ni un manual de mitología. Tampoco una divagación literaria acerca de los atractivos de los mitos griegos y su proyección artística. No voy a recomendar esos relatos que se recomiendan a sí mismos. Simplemente pretendo facilitar la perspectiva de su estudio y ofrecer algunas reflexiones previas a su lectura o relectura.

Somos ya sólo lectores descreídos de esos fascinantes relatos. Penetramos en ese mundo imaginario de la mitología, un entramado quimérico y fantasmagórico, a través de los textos más o menos clásicos, pero siempre antiguos, y de algunas imágenes del arte griego o romano. A través de los poetas y mitógrafos escuchamos la lejana melodía. Incluso en otra lengua, en traducciones y en

alusiones truncadas, percibimos su poesía y su extraordinaria seducción y, acaso, algo de la antigua religiosidad ligada a los personajes divinos y heroicos que los animan. Estas páginas son tan sólo una invitación a frecuentar esos antiguos relatos. Una introducción a ese mundo dramático y memorable, basada en algunas reflexiones y múltiples lecturas.

Queda así el libro conformado en tres partes: sentidos del mito, principales temas y personajes de la mitología griega e interpretaciones de esos mitos y esa mitología. Como decía, estos apuntes surgen de numerosas lecturas, y he querido aludir a todas ellas. De ahí que ofrezca muchas referencias puntuales a libros y artículos. Esas referencias no tienen nunca un propósito erudito. Podría haberlas multiplicado fácilmente. Tan sólo he señalado aquellos libros o ensayos que me han parecido atractivos o pertinentes, a riesgo de ser subjetivo e incompleto. Espero haber indicado con precisión las direcciones más sugerentes de los estudios mitológicos actuales.

He pretendido exponer los problemas y cuestiones con la mayor sencillez y claridad. Sigo el consejo de J. L. Borges: «No debemos buscar la confusión ya que propendemos fácilmente a ella». Y en este terreno de los estudios sobre mitología no faltan los comentadores confusos. No sé si habré logrado evitar la oscuridad, pero lo he intentado una y otra vez.

Esta edición amplía notablemente con dos nuevos capítulos la *Introducción a la mitología griega*. El primero

de ellos trata de los enfoques sobre el mito en una etapa fundamental de la modernidad europea: el Romanticismo. Las aportaciones de los pensadores y los poetas de esa época renovaron a fondo las perspectivas teóricas sobre el sentido más hondo de los mitos y su vivaz función poética, y convenía recordarlos en un justo homenaje. (Para las notas puntuales sobre esa época he acudido a algunos bien informados y agudos estudios de estos años que cito con agradecimiento y puntualidad.) El otro capítulo añadido intenta ofrecer una puesta al día de los enfoques más recientes con la bibliografía oportuna, ya que no exhaustiva. Las citas incorporadas quieren ser, ante todo, sugerencias. Recuerdan, de un lado, que la tradición mitológica perdura también, como es muy sabido, en espléndidos reflejos, poéticos y polícromos, en las artes plásticas; y, de otro, que ideas sobre los mitos y teorías sobre su sentido y función se encuentran en muy decisivos pensadores y poetas de diversas épocas desde los griegos hasta nuestros días. Me gustaría que los lectores vieran así las citas diseminadas en estas páginas: como unas cuantas sugerencias para abrir ventanas de luz y airosos puntos de fuga en la lectura de estos prosaicos apuntes.

Madrid, julio de 2006

Primera parte
Definiciones

1. Propuesta de definición del término *mito*

La palabra «mito», que tiene un tufillo de cultismo y una amplia vaguedad en su significado, ha logrado estos años una notable difusión. Se habla de «el mito de la masculinidad», «el mito de la unidad árabe», o se dictamina que «el instinto maternal es sólo un mito necesario». La calificación de una idea, una teoría o incluso una determinada figura como «un mito» expresa una cierta valoración, no siempre negativa. Hay un perfume llamado «mito» y la palabra aparece referida también a cierto automóvil como un elogio superlativo. No es tan sólo en el uso coloquial y periodístico donde aparece el término cargado de connotaciones varias. Hace ya tiempo E. Cassirer tituló un espléndido libro *El mito del Estado*; hace años Octavio Paz escribió que «el modernismo es un mito vacío», y J. Gil de Biedma, refiriéndose a su niñez, confesaba en un poema que «De mi pequeño reino afortuna-

do / me quedó esta costumbre de calor / y una imposible propensión al mito».

No sirve de mucho acudir al *Diccionario de la Real Academia*. (Sirve tan sólo para advertir qué anticuada ha quedado la definición allí propuesta.) Porque definir *mito* como «fábula, ficción alegórica, especialmente en materia religiosa» es remitir a una acepción arqueológica, un tanto dieciochesca, válida tan sólo para ilustrados y retóricos de hace más de dos siglos. (Esa definición ya estaba anticuada cuando la Academia decidió recoger la palabra en su Diccionario, en su edición de 1884, hace algo más de cien años.) La mención del término «fábula» remite a un vocablo latino utilizado para traducir el griego *mýthos*; pero hoy «fábula» en un sentido tan genérico resulta un latinismo. Que el mito sea una «ficción alegórica» es el resultado de una visión «ilustrada» y «racionalista», una concepción muy antigua y de larga persistencia, pero hoy totalmente arrumbada y en desuso.

Para explicarnos el amplio uso del término en la actualidad podemos pensar en sus atractivas connotaciones y en su imprecisa denotación. A lo que aparece como fabuloso, extraordinario, prestigioso, fascinante, pero, a la vez, como increíble del todo, incapaz de someterse a verificación objetiva, quimérico, fantástico y seductor, parece convenirle el sustantivo «mito» o el adjetivo «mítico». En su aspecto negativo, el «mito» está más allá de lo real, pertenece al ámbito de lo «fabuloso» y de la «ficción». Fulgurantes figuras del espectáculo, catapultadas por sus éxitos deslumbrantes y la propaganda exagerada a sublimes alturas, se convierten en «mitos». Ideas fundamentales o creencias de secular so-

lidez pueden ser calificadas de «mitos», y con ello se les niega su objetividad y se las encuadra en el ámbito ficticio y quimérico de lo imaginario. El término «mito» puede ser una ambigua etiqueta.

A tal propósito, no estará de más evocar el brillante epílogo de Roland Barthes en sus *Mythologies* (1957), que lleva el título de «El mito, hoy», donde trata con perspicaz agudeza de los sentidos y usos de la palabra «mito», en el contexto contemporáneo. Frente a los mitos antiguos están los mitos modernos que Barthes analiza y de los que investiga su trasfondo ideológico. Con su enfoque semiótico, ese ensayo de Barthes merece una relectura. Pero no es de esas mitologías ni de esos mitos contruidos por la modernidad y manipulados por la política y la propaganda de los medios de comunicación de lo que vamos a tratar en estas páginas.

Nuestro objetivo es acercarnos a los mitos antiguos, a la mitología griega, tal como está constituida en su propia tradición y tal como ha sido heredada por la tradición de la cultura europea. Vamos a tratar de esos mitos, en el sentido más clásico y antiguo, no de los nuevos, renovados o modernos mitos. De esos mitos de los que cabe preguntarse si los griegos creyeron en ellos y hasta dónde y cuándo funcionaron como tales, como hace P. Veyne. Pero que están ahí, en los textos de la literatura clásica y en las imágenes del arte griego, y forman un repertorio bien delimitado: la mitología clásica.

Parece, en principio, que definir el término en esta acepción ha de resultar bastante más fácil. Y, sin embargo, también en este uso, más histórico y científico, encontramos dificultades. Antropólogos, filólogos, psicó-

logos, sociólogos y teólogos manejan el término con tales divergencias que se ha dicho que la palabra puede recubrir «connotaciones infinitas», aun cuando tuviera una denotación común a todos esos usos. Las distintas perspectivas, en sus enfoques particulares, privilegian aspectos del mito y acepciones convenientes a su propia teorización, de modo que no es tan evidente hallar un núcleo semántico común a todos ellos. Se podría exagerar y decir que las definiciones del mito son casi tantas como las perspectivas metódicas sobre él. Ni siquiera los estudiosos de los mitos griegos y las mitologías históricas coinciden en sus definiciones.

Unas veces, por un exceso de simplicidad, se proponen definiciones demasiado precisas. Por ejemplo, la de Jan de Vries, que dice: «Mitos son historias de dioses. Quien habla de mitos tiene, por tanto, que hablar de dioses. De lo que se deduce que la mitología es una parte de la religión»¹. (Es cierto que muchos mitos tratan de dioses, pero no todos; muchos, y los mayores, mitos tienen un fondo religioso, pero no todos; algunos se relacionan con el «cuento popular», *el folktale*, y no requieren la fe religiosa.) La relación entre mitología y religión es importante, pero más compleja de lo que frases tan rápidas presuponen.

Los antropólogos, tanto los funcionalistas como los estructuralistas, han enfocado el mito desde una perspectiva amplia y con una concepción penetrante de su configuración y función, destacando su significado en el contexto social o su valor como instrumento mental en la representación colectiva del mundo de la mentalidad arcaica. Tanto unos como otros han visto en el mito una

forma de representar la realidad, un molde imaginario de comprender y dar sentido a la situación y actuación del hombre en ese mundo comprensible y domesticado gracias a los mitos. Esa mirada amplia de los antropólogos es, para el estudioso actual, algo irrenunciable.

Pero tanto contra los simbolistas, como contra los funcionalistas y los estructuralistas –contra Malinowski, M. Eliade y C. Lévi-Strauss, por ejemplo–, cabe expresar una protesta crítica, como hizo G. S. Kirk en su excelente libro sobre *El mito* (1970): «No hay ninguna definición del mito. No hay ninguna forma platónica del mito que se ajuste a todos los casos reales. Los mitos [...] difieren enormemente en su morfología y su función social»².

Los reparos y cautelas del profesor Kirk han sido aleccionadores. Desde su perspectiva de helenista e historiador del pensamiento griego, conocedor riguroso de la tradición helénica, pero también como buen lector de la moderna bibliografía sobre estas cuestiones, Kirk se muestra escéptico en cuanto a definir de modo unívoco y preciso el vocablo «mito». Aceptar una definición sesgada supone ya decantarse por un enfoque definido, parcial, que excluye otros posibles; supone privilegiar ciertos mitos y recortar y descartar otros. Pero, ¿no resulta excesiva esa renuncia a cualquier definición unitaria? ¿No conlleva esto una exagerada asepsia crítica? Sin una cierta delimitación, y la definición no es otra cosa, de objetos y objetivos, ¿cómo trazar una aproximación metódica a la mitología?

Advierto que el término «mitología» tampoco le parece útil a G. S. Kirk, quien, sin embargo, traza una distinción muy clara de sus dos acepciones básicas: repertorio

de mitos y estudio de los mitos. Pero sobre este punto volveremos más adelante. Por de pronto, señalemos que aquí no vamos a tratar del «mito» como una forma de pensamiento primitivo, como *Denkform*, en esa acepción un tanto idealista que está en la visión de la cultura helénica como un progreso «del mito al logos», *Vom Mythos zum Logos*, según el famoso título de un claro libro de W. Nestle.

Añadamos a las dificultades mencionadas las que algunos estudiosos han señalado respecto de los usos del término griego *mýthos*. Sin etimología clara, puesto que no aparece ningún término de la misma raíz en otras lenguas indoeuropeas, la palabra se va definiendo en la literatura griega. M. Detienne, L. Brisson y C. Calame han estudiado bien³, desde una precisa observación filológica y con finos análisis, la progresiva definición del término desde Homero hasta Platón. En oposición a *lógos*, la palabra *mýthos* pasa a designar el «relato tradicional, fabuloso y acaso engañoso» (y ya Píndaro lo emplea en tal sentido⁴), en contraste con el relato razonado y objetivo. Platón inventa sus *mýthoi*, que pretenden encubrir alegóricamente verdades que están más allá de lo probable mediante el *lógos*. Es probablemente en los tiempos de la Sofística cuando *mýthos* –en contraste con *lógos*– se perfila con ese significado de ‘viejo relato’ (cerca de los cuentos de vieja, fabulación fantasiosa, pero no forzosamente falsa, no siempre *pseudos*, aunque no garantiza tampoco la *alétheia*, ‘la veracidad’). Los usos del vocablo *mýthos* en Platón son muy sintomáticos de su evolución semántica y de sus varias connotaciones.

Por otro lado, Platón utiliza ya el término «mitología», *mýthología*, en una acepción plenamente moderna, con una precisa conciencia de lo que un repertorio mítico supone para una sociedad tradicional.

Aunque no todos los empleos del término en la época clásica indiquen ese valor léxico bien definido, parece razonable pensar que Platón ha tomado de la época esa oposición entre *mýthos* y *lógos*, y que otros coetáneos suyos eran bien conscientes de la significación de *mýthos* que Platón atestigua, pero no inventa⁵. Es muy interesante que Aristóteles, en su *Poética*, emplee la palabra en dos sentidos: como relato tradicional y como argumento dramático. (Recordemos que los argumentos trágicos eran «relatos heredados», *mýthoi paradedoménoi*⁶.) Para uno y otro siguieron los latinos empleando una misma palabra: *fabula*.

A partir de la *Poética* de Aristóteles se acentúa, pues, esta coincidencia entre esos dos aspectos del *mýthos*: el relato tradicional y arcaico, venido de muy atrás, y la ficción literaria, que el dramaturgo crea sobre una pauta «mítica». *Fabulae* son para un latino tanto los textos de un Apolodoro o un Higino, repertorios mitológicos, como las tragedias de Eurípides o las comedias de Aristófanes. Los poetas helenísticos y los romanos, que utilizan los antiguos mitos en sus alusiones y en sus recreaciones poéticas, contribuyen también a esa consideración de los mitos como *fabulae*, ficciones o fabulaciones. Las *Metamorfosis* de Ovidio son mitos ya recontados como literatura, guiada por el mero placer de narrar (su *Lust zu fabulieren*, según la frase goethiana), donde los mitos son argumentos para la poesía cuyo origen y trasfondo

religioso se perciben apenas como una gracia arcaica que late en la trama ingenua que el poeta Ovidio sutilmente repinta y recrea.

Esa confusión entre los relatos arcaicos y las ficciones poéticas, designados unos y otras con el vocablo *fabulae*, persiste a lo largo de la tradición medieval y renacentista. Sólo en el siglo XVIII, gracias al descubrimiento de otras mitologías y de las reflexiones de los simbolistas acerca de los pueblos primitivos volverá a distinguirse el «mito» de la ficción poética⁷. Será Christian Gottlob Heyne, a finales del siglo, quien introduzca, en su docta prosa latina, el término *mýthos* y lo redefina –en oposición a *fabula*– con una significación sorprendentemente moderna⁸. Su ensayo «Interpretación del lenguaje mítico o simbólico de acuerdo con sus orígenes y las reglas derivadas del mismo» (*Sermonis mythici sive symbolici interpretatio ad causas ed rationes ductas inde regulas revocata*), de 1807, le acredita como el fundador de los estudios de Mitología con perspectiva moderna. Es la época de Vico, los Schlegel, Herder, Schelling, etc. Los *Prolegomena zu einer wissenschaftlichen Mythologie* de K. O. Müller aparecen algo después, en 1824. La Mitología como disciplina «científica» avanza ya sobre un camino firme.

Con todo esto se perfila el campo de investigación. Pero el problema de definir el término «mito» sigue en pie. Mantener escépticamente el rechazo de una definición general mínima, que nos permita distinguir qué es lo que consideramos propiamente un mito y qué no, es decir, advertir qué usos del término consideramos pertinentes y qué acepciones desestimamos en la batahola de sus

aplicaciones, nos parece extremado. Intentemos partir de una definición mínima, que permita delimitar el objeto del que vamos a tratar⁹. En ese sentido, propondré la siguiente: «Mito es un relato tradicional que refiere la actuación memorable y ejemplar de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano».

El mito es un *relato*, una narración, que puede contener elementos simbólicos, pero que, frente a los símbolos o a las imágenes de carácter puntual, se caracteriza por presentar una «historia». Este relato viene de tiempos atrás y es conocido de muchos, y aceptado y transmitido de generación en generación. Es lo contrario de los relatos inventados o de las ficciones momentáneas. Los mitos son «historias de la tribu» y viven «en el país de la memoria» comunitaria. La *tradición mítica* es un fenómeno social que puede presentar variaciones culturales notables, pero que existe siempre, y en Grecia presenta una singular libertad, como destacaremos luego¹⁰. El relato mítico tiene un *carácter dramático y ejemplar*. Se trata siempre de acciones de excepcional interés para la comunidad, porque explican aspectos importantes de la vida social mediante la narración de cómo se produjeron por primera vez tales o cuales hechos. Ese *valor paradigmático* de los mitos es uno de sus trazos más destacados por los funcionalistas (Malinowski, y también M. Eliade). El dramatismo de los mitos los caracteriza con una alegre y feroz espontaneidad. En el ámbito narrativo desfilan fulgurantes actores y allí se cumplen las acciones más extraordinarias: creación y destrucción de mundos, aparición de dioses y héroes, terribles encuentros con los monstruos, etc.; todo es posible en ese mun-

do coloreado y mágico del mito¹¹. Ese carácter dramático caracteriza a estos relatos frente a las tramas verosímiles de otras narraciones, o frente al esquema abstracto de las explicaciones lógicas. El mito explica e ilustra el mundo mediante la narración de sucesos maravillosos y ejemplares¹².

Los actores de los episodios míticos son seres extraordinarios, fundamentalmente seres divinos, ya sean dioses o figuras emparentadas con ellos, como los héroes de la mitología griega. Son más que humanos y actúan en un marco de posibilidades superior al de la realidad natural. Ahí están los seres primigenios, cuya acción da lugar al mundo, y los dioses que intervienen en el orden de las cosas y de la vida humana, y los héroes civilizadores, que abren caminos y los despejan de monstruos y de sombras. En fin, ahí están los seres extraordinarios cuyas acciones han marcado y dejado una huella perenne en el curso del mundo.

Mediante la rememoración de esos sucesos primordiales y la evocación de esas hazañas heroicas y divinas, la narración mítica explica por qué las cosas son así y sitúa las causas de esos procesos originales en un tiempo primordial. Hay unos temas esencialmente míticos, los que se refieren al comienzo de las cosas: la cosmogonía y la teogonía, y los que se refieren al final de todo, al más allá de la muerte y del tiempo terrestre: la escatología. Pero los mitos explican también la causa de muchos usos y costumbres, de más o menos importancia, que son de interés colectivo¹³. Los mitos tratan del comienzo, del *arché*, y de las causas, *aitíai*, del universo y, en especial, de la vida humana¹⁴. En ese interés explicativo y etiológico

(*aitías-légein*) sufren luego la competencia de la filosofía en la cultura griega (desde el siglo VI a. C.).

Pero la explicación mítica es la más antigua, y, en cierto modo, subsiste replegándose a ciertos temas al enfrentarse con otros tipos de explicación, más lógicos o científicos. Los hechos narrados por los mitos revisten una forma dramática y humanizada, de modo que sus actores pueden tener forma humana, un tanto magnificada, como los dioses y héroes griegos, por ejemplo; o no, como los seres monstruosos primigenios de muchas mitologías, pero actúan y se mueven animados por impulsos como los de los humanos. Así, por ejemplo, el Cielo y la Tierra, que están en los comienzos de los relatos cosmogónicos, se aman, se unen y se separan como una pareja de amantes, y los poderes sobrenaturales se engendran y destruyen como los animales.

En cierto modo, podemos decir que la configuración de las fuerzas naturales en formas próximas a lo humano es un rasgo básico en la representación mítica. El antropomorfismo de los dioses es uno de los trazos más característicos de la mitología griega. Pero tal vez podríamos postular que ese humanizar la naturaleza, en cuanto a representarla como poblada o animada por seres sobrenaturales dotados de formas, deseos e impulsos, próximos a los de los hombres, se encuentra en la raíz de todo el pensar mitológico. Hay dioses con formas monstruosas, como los egipcios con cabeza de animales, o los de la India, que multiplican sus brazos o aparecen como tremendas fieras o sabios elefantes, ciertamente. Pero bajo todas esas máscaras se mueven como seres humanos; como seres humanos dotados de una inmensa libertad